

Anna Pazos

PODER Y DESEO

COLECCIÓN FRAGMENTOS

SERIE ASALTAR LA BIBLIA

Traducción del catalán

MARTA REBÓN

Borja BAGUNYÀ, *Breve historia del mandato.*

Pilar CODONY, *Dominarás la tierra.*

Víctor PÉREZ I FLORES, *De la desnudez.*

Anna PAZOS, *Poder y deseo.*

FRAGMENTA EDITORIAL

Título original *Poder i desig*

Publicado por FRAGMENTA EDITORIAL
Plaça del Nord, 4
08024 Barcelona
www.fragmenta.es
fragmenta@fragmenta.es

Colección FRAGMENTOS, 95
Serie ASALTAR LA BIBLIA, 4

Primera edición ENERO DEL 2024

Dirección editorial IGNASI MORETA
Producción editorial y gráfica MARIA CALLÍS
Corrección ABRIL MORALES, ANA ORENGA

Ilustración de la cubierta ÀFRICA FANLO

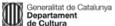
Impresión y encuadernación ROMANYÀ VALLS, S. A.

© 2024 ANNA PAZOS SUGRAÑES
por el texto

© 2024 MARTA REBÓN
por la traducción

© 2024 FRAGMENTA EDITORIAL, S. L. U.
por esta edición

Depósito legal B. 2097-2024
ISBN 978-84-10188-03-7

Con el apoyo de  

La traducción de esta obra ha contado
con una ayuda del Institut Ramon Llull

 **institut
ramon llull**
Lengua y cultura catalanas

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

PRINTED IN SPAIN

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	7
1 Una túnica de mangas anchas	17
2 El ojo de Nefertiti	25
3 Rezadoras	31
4 Un carajillo en París	43
5 El pájaro pintado	63
<i>Bibliografía</i>	81

INTRODUCCIÓN

EN UN MES DE JULIO DE la década pasada, me encontré en un autocar rumbo a Atenas. Me acompañaban una treintena de seguidores de un culto local, griegos que intentaban revivir el politeísmo clásico. Veníamos de las Termópilas, donde habían llevado a cabo un ritual durante ocho largas horas frente a la estatua de Leónidas. Yo estaba allí como testigo, con la cámara en la mano, para continuar la filmación de un documental que nunca llegaría a producirse. Rayaba el anochecer y la cabeza me daba vueltas. Había cometido el error de tomar solo un café con hielo y no me habían ofrecido más alimento.

A mi lado, como en el viaje de ida, se sentaba el más joven del grupo. Su presencia allí me intrigaba. Tenía más o menos mi edad, llevaba a Medusa tatuada en el gemelo izquierdo y fumaba cigarrillos electrónicos. Trabajaba en un taller mecánico

pintando chapas de coches accidentados. A simple vista, nada indicaba que pudiera pasarse las tardes de los viernes vestido con una túnica blanca, rodeado de ancianos en un local destartado, tocando el tambor en un ritual dedicado a Apolo. Esa incongruencia me había llamado la atención. Hablaba de su fe con sencillez y seriedad. Cuando las luces del autocar se apagaron, deslizó una mano hacia el interior de mi muslo y me dijo que todos somos mitad animales, mitad dioses.

Volviéndome hacia la ventanilla, reflexioné sobre la situación. El gesto, sin duda, era inapropiado y violaba mi neutralidad periodística de manera escandalosa. Había sido una intrusión unilateral, realizada sin consentimiento previo. Un hilo de voz me decía que debía hacerme respetar y pararlo al instante. Por otro lado, sospechaba que mi papel no había sido del todo pasivo. Que había estado esperando o incluso provocando ese avance, por aburrimiento o curiosidad. La posibilidad de que el deseo fuera mutuo era risible e inquietante, y por el momento había que descartarla.

El autocar avanzaba por el Ática y yo experimentaba la tensión propia de la zona gris. Ese debate interno no solo decidiría mi movimiento más inmediato, sino también algo más profundo sobre

mí misma. Ante mí se bifurcaban dos narrativas. ¿Afrontaría la situación como sujeto u objeto, como perpetradora o víctima? ¿Asumiría hasta el final el impulso de transgresión que me había llevado a acercar ambigualmente mi muslo al suyo, o me retiraría a un espacio seguro, a un futuro próximo en el que pudiera denunciar la audacia del chico con la túnica y recibir el apoyo y la solidaridad de mis pares? Ambas posibilidades coexistían dentro de mí, como gatos de Schrödinger, esperando a que el autocar llegara a Atenas y se abriera una compuerta.

En un fragmento de Safo, la poeta de las pasiones atormentadas se lamenta: «No sé qué debo hacer: mi mente está dividida.» Safo escribió sus cantos de deseo lésbico no muy lejos de donde circulaba mi autocar y en un estado espiritual quizás bastante similar al mío. La naturaleza dispersa de sus versos, y el misterio en torno a su biografía, nos permiten especular sobre los estados mentales que la dividían. Con gusto incurrimos en el error de identificarla con el yo poético de los cantos y nos la imaginamos compartiendo carruajes con señoras en túnica, componiendo mentalmente la métrica de los versos para calmar su agitación. Siempre atrapada en la opresión del anhelo irresoluble, que expresó así en un verso de un poema perdido: «...y deseo y ardo».

Safo debía de ser una persona experimentada en ese tipo de situaciones que elevan la tensión interior a primer plano, que ponen los dos polos que nos conforman frente a frente, y obligan a renegociar quiénes somos y cómo nos relacionamos con el mundo.

Esos momentos, que pueden ser de gran trascendencia o asuntos como el del autocar, son destellos raros y preciosos de nuestra ambigüedad elemental. No siempre los reconocemos al momento. De hecho, es fácil pasar de largo ante ellos, y para evitar confusiones y molestias, a menudo vamos por la vida con el piloto automático encendido. Nuestras reacciones son mecánicas, en apariencia inmediatas. El chico de la túnica nos parece un personajillo ridículo, indigno de nuestra atención; además, respetamos nuestra integridad profesional hasta el punto de excluir de ese ámbito cualquier interacción cuestionable. O, por el contrario, nos entregamos con alegría y sin reservas a los caprichos azarosos del cuerpo. Sea como sea, el proceso se ve opacado por una mezcla de convicción, costumbre y automatismo.

Sería agotador, bien es cierto, ser consciente todo el rato de la maraña de motivos que hay detrás de nuestras acciones. Decídselo, si no, al protagonista de *El hombre con rayos X en los ojos*, película sobre un científico que aumenta el alcance de su visión hasta

el punto de perforarse los párpados. Al final, acaba tan enloquecido por ver sin cesar que se arranca los glóbulos oculares.

La escena final de esta infame película de serie B trastornó para siempre mi imaginación infantil. El sufrido protagonista se ha arrastrado como un perro moribundo hasta la tienda de una congregación evangélica en medio del desierto con la esperanza de encontrar allí algún consuelo o salvación. Les explica la situación a los feligreses, que acaban cantándole en unos coros infernales: «Si los ojos te perturban... ¡arráncatelos! ¡Arráncatelos! ¡Arráncatelos!» Al menos así es como se me quedó grabado en la memoria. No fue hasta décadas más tarde cuando averigüé que la frase parafraseaba unos versos sobre el adulterio del evangelio según Mateo. Mirar a la mujer del otro es equivalente a cometer pecado carnal; por tanto, «si tu ojo derecho te escandaliza, arráncatelo y tíralo; porque más te vale que se pierda uno de tus miembros que no que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno» (Mt 5,29-30).

La cantinela del coro evangélico me ha acompañado hasta la vida adulta. Resuena cada vez que aparece en mí la tentación de apagar el cerebro y unirme dócilmente a los coros. Con los coros me refiero a las convenciones o a las corrientes ideoló-

gicas que flotan en el ambiente e invitan a la automutilación preventiva. Claro que nunca lo hacen explícitamente. Me parece que los coros se han hecho bastante difíciles de identificar. Hoy adoptan formas sutiles y amables; no son nuestro opresor, sino nuestro aliado. Nos consuelan diciendo que nada es culpa nuestra, que el mundo nos ha fallado y nos fallará. Nos ofrecen una salida al caos de nuestros anhelos contradictorios. Nos aseguran que no nos encontramos a merced de impulsos incomprensibles, que hay un orden en el horizonte y que solo hay que corregir una injusticia histórica para que todo sea menos cruel, más fácil y más justo. Nos simplifican situaciones turbias como la del autotocar griego y nos quitan de encima la carga de la responsabilidad permanente, de tener que mandar siempre en soledad sobre nuestra isla personal de libertad.



En su diario tardío, Hannah Arendt (ROSE HILL 2021: 7) se pregunta si hay alguna manera de pensar que permita «evitar del todo nadar con la corriente». Arendt describe el acto de pensar como el diálogo que uno sostiene consigo mismo, siempre que se

esfuerce lo suficiente y las condiciones se lo permitan. Este desdoblamiento interior, que llama «dos-en-uno», no es un lujo reservado a los intelectuales —«un término odioso»—, sino la precondition para cualquier vida consciente y libre. El «dos-en-uno» es el acto de hacer explícito el diálogo interno, de evitar mecanizar las decisiones, de no aferrarse nunca a la guía externa que nos ofrece una mano.

Arendt no escribió mucho sobre las pasiones ni sobre el amor romántico, que consideraba apolítico e incluso antipolítico; una fuerza alienadora de la vida común. Para ella, la libertad se acaba cuando se difumina la frontera entre la vida privada y la pública. A pesar de estas precauciones, la vivacidad de sus relaciones personales ha despertado la curiosidad de fans y biógrafos. Incluso el informe que redactó el FBI denota cierta fascinación involuntaria: la describe como «una mujer pequeña, rotunda, de hombros encorvados, con un peinado militar, una voz masculina y una mente maravillosa» (ROSE HILL 2021: 9). Arendt defendía que la manera en que pasamos por el mundo es tan importante o más que lo que nos pasa por la cabeza. Veneraba la amistad, los placeres de la conversación y el viaje, el amor entendido como libertad compartida y una suerte de voracidad sensual por la vida. En un autorretrato

de adolescencia ya se definía como una persona que vivía «atrapada en un anhelo» (ROSE HILL 2021: 9).

Este anhelo se nutría de su idea de *amor mundi*, el amor agustiniano por el mundo, a través del cual «el hombre hace del mundo su casa y después busca apasionadamente lo que tiene bueno y malo» (ROSE HILL 2021: 46). Pero también había lugar para el amor sin mundo —la pasión erótica, íntima, carnal y regida por normas propias. Para Arendt, «el amor sin mundo» era lo contrario del *amor mundi*, en la medida en que disolvía al amante en su individualidad y lo alejaba de los asuntos públicos. «El amor sin mundo» tenía un punto inexplicable que rehuía el análisis racional, y, por tanto, hablar de él era fútil. Debía permanecer en el núcleo más protegido de la intimidad. Una misma persona podía contener varias pasiones, incluso opuestas y contradictorias, y era responsabilidad suya aprender a convivir con ellas.

«El amor sin mundo» por excelencia en la vida de Arendt fue la relación con su profesor de la Universidad de Friburgo, el padre de familia Martin Heidegger. Se ha especulado infinitamente sobre esta unión, que Arendt quiso mantener en secreto. Hay libros enteros dedicados a discernir los significados de sus intercambios y sus silencios. Lo que se

sabe es que mantuvieron una relación intensa y desigual cuando ella era su alumna, y que después de que Heidegger —cuando era rector de su universidad— apoyara a Hitler, Arendt dejó de hablarle durante diecisiete años. Más adelante se reencontraron, y de los lodos de ese contacto extrajo una reflexión sobre el perdón y la reconciliación.

Cuando publicó *La condición humana*, Arendt estuvo a punto de dedicársela a su examante. La génesis de la obra habían sido las conversaciones con Heidegger, y en el libro dialogaba con sus ideas. Al final, decidió dejar la dedicatoria en blanco. Algunos estudiosos lo atribuyen a la falta de reciprocidad en la relación; Heidegger nunca reconoció a Arendt públicamente ni leyó sus textos. En el archivo de literatura alemana de Marbach, sin embargo, hay un borrador del libro que contiene una dedicatoria escrita a mano (ROSE HILL 2021: 144). La dedicatoria de este libro se ha omitido:

Cómo podría dedicártelo a ti,
confidente mío,
a quien he sido fiel
e infiel,
y en ambos casos, con amor.